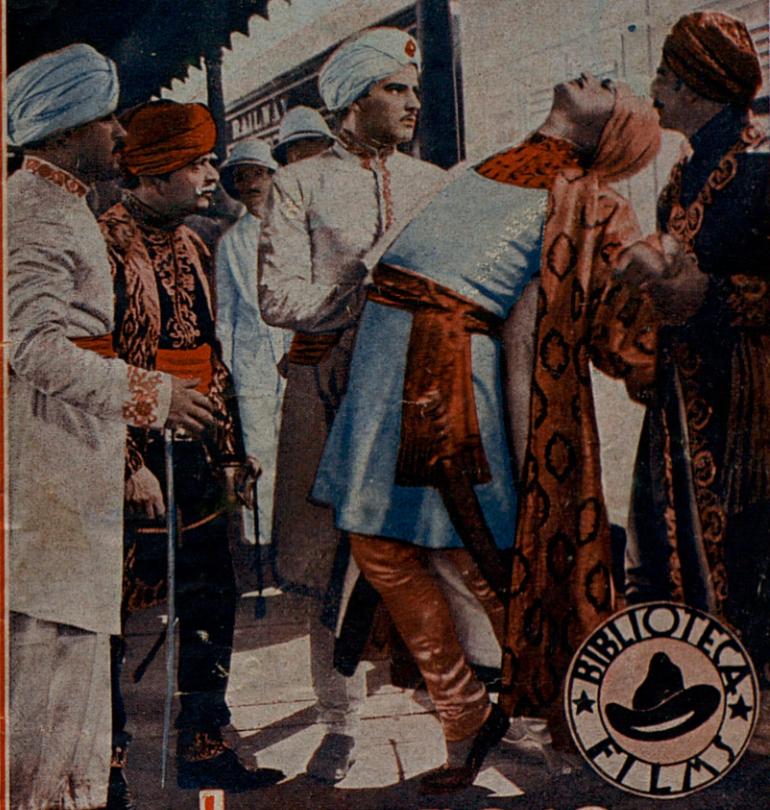


569

MARIN, EDWIN L.

25^{cts}



el expresso de bombay

edmund love

shirley grey



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X APARECE LOS MARTES NÚM. 64

El correo de Bombay

(BOMBAY MAIL, 1934)
Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran actor

EDMUND LOWE

Narración literaria: Dr. F. JIMÉNEZ

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Mallorca, 220 Barcelona

REPARTO

EDMUND LOWE - Shirley Grey - Onslow Stevens
y 12 estrellas sobresalientes.

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El Gobernador de Bengala se acaba de trasladar a la estación de Calcuta para tomar el correo de Bombay, dispuesto a acudir a una llamada del Gobierno de Su Majestad Británica en Londres. Existe una atmósfera de pesimismo en medio de la pompa con que Su Excelencia se traslada a la Metrópolis. Los soldados indios se agitan de una a otra parte portando órdenes severas y conteniendo a las multitudes de curiosos, porque no es solamente Sir Anthony y su esposa los que parten en el correo, sino que además se halla en el mismo, también camino de Europa y debido a otra invitación del propio gobierno de Su Majestad, el Majaracha indio de Zunjore.

No bien acaba el Jefe de la Policía de respirar desahogado al ver a S. E. el Gobernador en su Departamento especial enganchado al tren, cuando asomándose Sir Anthony, con una bomba que acaba de caer a su lado sin hacer explosión, se la ofrece a aquél:

—Vea usted quién fué el que arrojó esto capitán — le dice.

—¡Una bomba, Excelencia! — le replica aquél, horrorizado.

— ¡No se alarme! — prosiguió el Gobernador —. Pretenderán matarme porque me llevo setecientos... pero estos agitadores no se saldrán con la suya: ¡Bretaña les mandará nuevos Gobernadores más pronto de lo que ellos tarden en matárselos!...

El capitán Worthing, su ayudante, le pide inmediato permiso para doblar la guardia, pidiendo dos nuevas ametralladoras y fusiles, pero a todo se opone Sir Anthony, quien con verdadero aplomo da en seguida la contrOrden de que no le acompañe ni un solo soldado. Los ruegos de la Gobernadora de nada sirven. Hombre de temple, desea afrontar el peligro sin ser temerario. Y sin tiempo que perder, el Gobernador recibe al Majaracha de Zunjore:

— El capitán Worthing me ha hecho una verdadera apología de S. A. — le dice Sir Anthony.

— El mismo fué quién me informó de que haría el viaje a Londres con S. E. de que tanto puedo congratularme — respondió el Príncipe indio con el más puro acento inglés.

En el coche vecino al del Gobernador acababa de tomar asiento Xavier, un afamado chantagista eurasiático, al que saludaba a manera de antiguos conocidos, la joven americana Beatrice Jones (a) Sonia Smaganoff, que precisamente se había instalado en el mismo, momentos antes.

Y todavía en el coche que le antecedia nos encontramos que acaban de instalarse John Hawley, un poseedor de una nueva mina de rubíes, es decir del campo de la misma, puesto que legalmente no le pertenecería, y que llevaba seis hermosos ejemplares escondidos en su pitillera, y su asociado Burgess. Además se instalaban en dicho departamento, un profesor especialista en venenos con un cofre coteñiendo algo misterioso, que acababa de ser saludado por Luke-Patson el secretaria de S. E. el Gobernador, al que por un negocio secreto acaba de entregar el especialista, 20.000 Rupias, y el profesor indio Pundit Garnath Chundra, acabado de destituir por Sir Anthony, quien también se dirigía a Londres con la esperanza de recuperar su cátedra.

Cuando al dar la señal de partida del correo de Bombay, Burgess descendió del coche despidiéndose de Hawley que buscaba un buen comprador de sus rubíes, aquél pudo ver recostado detrás de la ventinalla del próximo departamento a Xavier en animada charla con Beatrice, e inmediatamente puso en la misma estación de Calcuta un telegrama a Hawley para que lo recibiese en la próxima estación de Asanol, diciéndole:

"Mr. X. va en el tren, haz lo posible porque no vea al Gobernador, cueste lo que cueste."



- ¡Cuanto celebro el verle por aquí!
- dijo Xavier a Hawley.

Mas, escuchemos parte de la charla entablada entre Sir Anthony y el joven Majarracha, el último de los cuales acababa de pronunciar en tales momentos las siguientes frases:

—Francamente, Excelencia, no comprendo su insistencia en que me traslade a Londres... ¿podría saber algo al respecto?... ¿se trata de hacerme abdicar?... ¿por qué se me

trata como a un niño y se me deja sin informes?... ¿no soy acaso un soberano... el soberano de Zunjore?...

—Ya he comunicado a Su Alteza, punto por punto, el telegrama del Virrey —le replicó cortés pero brevemente Sir Anthony—. Ahora, S. A., oirá o apreciará el resto del Departamento de India de Londres... El Virrey debe tener sus motivos, Alteza, para proceder así. Por lo demás, yo no tengo la libertad que fuese a S. A. de desear para hablar más de este asunto... ataúe sólo al Ministerio de Relaciones de la India...

El correo de Bombay frenó de pronto: "Asansol, 5 minutos", dejó escuchar desde el andén el empleado del ferrocarril indio. Entre el rápido movimiento de viajeros y la formación de la Compañía de Honor que formaba al paso de S. A. y de S. E. eran dignos de destacarse dos hombres que con la rapidez del relámpago se dirigieron al Departamento de Xavier.

—¿Este es nuestro hombre? —dijo el chantagista a uno de ellos estrechando la mano del otro.

—Es un excelente acróbata, viejo conocido... 500 Rupias y lo que quieras hace... —replicó el otro a Xavier descendiendo de nuevo del tren sin que nadie hubiese observado aquella conversación, ni siquiera Haw-

ley que en estos momentos leía el telegrama de Burgess todo asombrado.

Y mientras que Hawley corría al Departamento de S. E. al que no pudo ver, gracias a la oposición del capitán Worthing, Xavier decía a Martini, "su hombre", que le habían robado varias piedras preciosas que se transportaban en el correo de Bombay, que por circunstancias que a él no le interesaban no podía darse parte de ello a la policía, y que, finalmente, su trabajo consistiría en recuperarlas antes de la llegada del tren a Bombay mismo.

Lady Daniels, la esposa de Sir Anthony, acababa de observar a Beatrice, (a) Miss Smaganoff, bien conocida como una de las hetairas más solicitadas y atendidas por la alta-sociedad de Calcuta en los últimos meses, quien apoyada en su ventanilla miraba con cierto decoro el Departamento de su Excelencia cuando éste acabó de pasar ligera revista, saludando a la bandera que le rendía honores junto con S. A., no pudiendo por menos de reconvenir a su esposo por la presencia de aquella mujer en el correo mismo.

—¡Eso son tonterías y comidillas! —decía Sir Anthony a su airada esposa.

—¡He sufrido bastante a esa infame en Calcuta, para que incluso se atreva a acompañarnos! Debieras fijarte más en tu posi-

ción social cuando te acercas a esa mujerzuela... le añadió Lady Daniels con amargo gesto cuando se hallaron a solas un segundo.

Y ¡extraña coincidencia! en aquel preciso momento, el capitán Worthing llegaba a expresar a S. E. su sentimiento por lo que pudiera haberse hablado de su intimidad con Miss Smaganoff en Calcutta, relacionándolo con un asunto de espionaje de la dama:

—¿Cree S. E. que ello habrá trascendido hasta el Ministerio de Estado y que se habrá siquiera dudado de mí?... ¿Cómo se explica esta llamada para que me presente en Londres en este preciso instante?... decía Worthing tan insistente como S. A. lo había sido antes.

—¡Capitán, llevo en India 25 años, esto no debe tranquilizarle! — le replicó Sir Anthony con brevedad.

En el correo de Bombay, veloz como el rayo a través de la misteriosa India, reina ba fiebre verdadera. El profesor especialista en venenos no perdía de vista un segundo su extraño cofre; Miss Smaganoff aprendía a conocer a Hawley en la intimidad como si persiguiese un nuevo fin; Martini y Xavier no parecían conocerse, si bien se entendían por señas constantes y nerviosismo excepcionalmente solapado; el Majaracha de Zunjore se movía como un tigre bengalés que acecha desde su rincón una presa a

cada instante, reconcentrado al parecer en el Departamento de Sir Anthony; Luke, el secretario de S. E. ojeaba cuadernos y removía papeles procurando no ser observado; Worthing odiaba aquel viaje a su parecer de mal agüero; y así unos y otros sin sueño, a pesar de haber avanzado la hora hasta las cuatro y media de la mañana, parecían aguardar algo que fatalmente había de llegar. Sólo el catedrático indio murmuraba algún que otro rezó sin ocuparse del mundo que le rodeaba, cómo en brazos del destino que le era indiferente.

—¿Governor Sahib dekha hai? (¿has visto al gobernador?) — le preguntó Luke a uno de los servidores indios de S. E. al observar que éste no estaba en su aposento, ni tampoco en su mesa de escritorio.

—Nahin, Sahib (no, señor) — replicó el sirviente en su propio idioma también.

—Juldi jao deko (ves despacio y mira) — le dijo Luke en tanto que él buscaba a Worthing.

Pero éste salía al encuentro del secretario de S.E. todo desencajado y casi atropellándolo en tanto que le decía: “¡S. E. el Gobernador ha desaparecido y con él todo el Correo Imperial de India que había en su escritorio!... “Se debe haber caído del tren”, “Pero cómo es posible?” “Telegrafíe usted a Gaya, comunicando la terrible nación...”

Hawley acaba de saludar a Miss Smaganoff que venía de la toilette de acicalarse y como no la encontrase de buen talante bromeara saludándola en varios idiomas en tanto que clareaba el día, desconocedor al parecer de la tragedia que se cernía sobre el correo de Bombay:

—Good morning!... Bon jour, Mam'selle... Guten Morgen, Fraulein... Buenos días, señorita... Salaam memsahib... Buon jorno, signorina...

Después de un nerviosismo enorme por parte de la servidumbre de S. E. y del más extraño comportamiento de S. A. el Majarracha y del resto de viajeros ya conocido, en Gaya esperaba el gran detective Dyke la llegada del correo procediendo inmediatamente a dar órdenes para que incluso los personajes más allegados a S. E. no diesen paso alguno ni se moviesen de sus respectivos puestos. Dyke comenzó revisando pasaportes y documentos de cada viajero. “—Bombay janta hai? (¿Va usted a Bombay?) — dijo al encararse con el catedrático Pundit; “—An, sahib (sí, señor)” — le replicó indiferente el sabio. Con Beatrice, Mr. Dyke se quedó más tiempo indagando los motivos de su viaje, etc. Finalmente, y a medida que avanzaba el reconocimiento de los pasajeros, Dyke ordenó a un sargento que le escoltaba arrestarse en el Coche del Gobernador a tres de los

viajeros, ordenando a los demás no se movieran de sus puestos ni aun al llegar a Bombay.

Acto seguido comenzó el reconocimiento del convoy apareciendo el cuerpo de S. E., cadáver en el lavabo de su Departamento, mas sin herida alguna y sí sólo con claras señales de haber sido envenenado o haber ingerido él mismo algún tóxico que pronto quedó especificado, gracias a la intervención del médico de S. E. también presente. Se trataba de una fuerte dosis de cianuro.

El médico aconsejó la autopsia del cadáver de S. E. para mejor aclarar el caso, mas Lady Daniels, la esposa de S. E. se negó rotundamente a que se desfigurase el cuerpo del mismo bajo ningún pretexto ya que nada podría devolverle la vida de nuevo.

El detective Dyke se encerró entonces a solas con Miss Smaganoff estrechándola cada vez más a preguntas, ya que Lady Daniels avisó inmediatamente al detective de las relaciones de aquella desconocida con su esposo en los últimos días de su estancia en Calcuta. En efecto a un segundo requerimiento de Dyke, la bella canadiense hubo de mostrar su bolso de mano en el que llevaba una breve carta ordenándole inmediatamente tomar el correo de Bombay en el que se hallaba. Faltaba dilucidar de quien procedía aquella carta ya que Miss Smaganoff se ne-



-Worthing, no necesito presentarle a Miss Smaganoff - dijo Dyke.

gaba. "por compromiso adquirido", según decía, a delatar a su autor que ocupaba cierta posición social. Miss Smaganoff quedó desde aquel instante incomunicada por completo.

Dyke se dirigió en seguida a Hawley, al que igualmente estrechó a preguntas:

—Usted, señor Hawley, posee minas en California según dijo y le traen a India sus

negocios — le abordó—. Usted sabe entonces seguramente la composición de cianuro que se emplea químicamente para obtener oro puro...

—¡Naturalmente! — respondió Hawley. — Ello pertenece a mi ramo...

—¡Hawley!, ¿por qué ha envenenado usted a S. E.? — le dijo al momento Dyke, apretándole la muñeca y mirándole como una serpiente.

—¡Yo? ¡¡Usted bromea, señor!!..., le aseguro que bromea... — contestó desconcertado Hawley.

Pero Dyke incomunicó igualmente a Hawley, prosiguiendo sus pesquisas. En sus bolsillos había encontrado el telegrama de Burgess, previniéndole contra Xavier y su relación con el Gobernador. Orthing recordaba por otra parte la tenacidad de Hawley por hablar a S. E., cosa que él impidió. Pero a Hawley no le convenía hablar del motivo de aquella visita, ya que su nueva mina de rubíes no debía ser delatada aún, mucho menos muerto el Gobernador que tal vez le hubiese comprado en secreto su posesión en la India.

Dyke se dió una vuelta para tantear a la propia Lady Daniels, a la que encontró cerrando sus maletitas de colecciones de mariposas.

—¡Es realmente maravillosa esa colección, Lady Daniels! — se apresuró Dyke a decir

a la dama—. ¿Cómo conserva esos raros ejemplares?...

—¡Muy sencillo! — replicó ésta—. Unas se conservan de por sí en cajas especiales y otras las conservo en botellitas de cianuro.

—¡Cianuro! Madam..., ¿tiene ahí el cianuro?... — dijo sombrío Dyke, pensando en el veneno ingerido o hecho ingerir a S. E.

Como sin saber lo que hacia, Dyke se fué a consultar de nuevo al médico que había dado el diagnóstico, y de allí salió disparado, ordenando al sargento le trajese a su presencia al catedrático Pundit Garnath. Una vez ante éste, que se presentó como siempre sin perder un átomo de su serenidad, preguntóle de súbito:

—¿Pundit Garnath, usted ha visto el cuerpo de S. E. en el lavabo antes de nuestra requisa?

—Sé que he pasado la noche meditando..., quizás lo haya visto y no me ha logrado absorver la atención... — le replicó Pundit como una estatua.

—¿Esta usted en trance de meditación?... — inquirió irónico Dyke.

—Usted le llama trance para fortalecer su habilidad y según su conveniencia... — le devolvió el sabio Pundit, mirándole serena y fríamente.

Dyke comenzó a ponerse nervioso, encendiendo su pipa y ordenando se aislase a Pun-

dit en el preciso instante, con Hawley y con Beatrice (a) Smaganoff. Pronto, y antes de que los dos primeros saliesen de su sorpresa, al ver llegar al noble anciano indio, entró en el departamento el propio Dyke, encarándose de nuevo con Beatrice:

—Su pasaporte, Miss Baetrice o Miss Smaganoff, le da como profesión la de concertista de violín..., pero usted no lleva instrumento alguno consigo... — y mientras se sacaba unos papeles del bolsillo, le decía con aire de excelente seguridad:

—¿Conoce esta letra como suya?... ¡Es de su maletín, sí!... ¿Usted solicitó del Gobernador de Bengala una cierta suma de dinero?... ¡Usted ha extendido ese cheque para que sea firmado por él!... ¡Usted ha recibido de Worthing, el capitán, un aviso por escrito diciéndole que partía para Londres con S. E.!... ¡Usted es Miss Jones!... — y dirigiéndose a Pundit y a Hawley, alzó la voz gritando ahora a los tres:

—Sepan ustedes que de Calcuta a Gaya, alrededor de la vía del ferrocarril, se ha puesto un servicio de estrecha vigilancia para recoger las partículas de la carta mutilada hallada en este Departamento, que todo lo delatará antes de nuestra llegada a Bombay mañana sábado a las 11 de la mañana!...

Miss Daniels acabó de irrumpir en el Departamento, interrumriendo a Dyke:

—¿Conoce usted a esta señorita, Míster Dyke?

—A Miss Jones, Lady Daniels?... Ella nos aclarará gran parte de lo sucedido... — respondió el detective, empuñando su pipa.

—Yo tuve el honor de conocer a Miss Jones con motivo de la carta que se "dignó" enviarle el lunes al Gobernador. Y podría decir más acerca de ella... Logró ocupar la villa Karayya mediante sus insistencias, en las que incluso apeló al anónimo y a la clave cuando yo intervine...

—¡Yo jamás he vivido en la villa Karayya! — interrumpió sofocada Miss Smaganoff.

Dyke se interpuso de nuevo, dirigiéndose irónico a la joven canadiense:

—¡Miss Jones, ¿puede aclararnos cómo ha llegado a su poder el pase con que viajaba en segunda clase, ya que no posee billete de ferrocarril?... ¡Y puede Miss Jones aclararnos quién le entregó el pase que lleva en su bolso de mano, ya caducado y sin usar para Road en la villa Karayya?... ¡Y puede Miss Jones aclararnos cómo consiguió residir en Karayya-Roa unos días, a pesar de que el Gobierno Británico deporta a los europeos que sin permiso oficial viven allá en contra del prestigio de la raza blanca ante los indios?...

—...el pase..., el pase me lo dió un cono-

cido de buenas relaciones por mi estado de penuria... — balbuceó Miss Smaganoff.

—Lady Daniels — dijo con aplomo Dyke a la esposa de S. E.—, aún me quedan hasta la llegada a Bombay 24 horas justas para descubrir al asesino de su esposo en este mismo correo. —Y volviéndose a los arrestados, añadió, al tiempo que miraba la hora que marcaba su reloj:

—...tienen ustedes permiso para comer y darán órdenes para que les sirvan lo que deseen del coche-restaurant...

No habían transcurrido diez minutos desde la partida de Dyke, acompañado de Lady Daniels, cuando el sargento, a las órdenes del detective, volvió al propio departamento, invitando a los arrestados a pasar a comer al mismo comedor, según nueva orden de Dyke, dadas las dificultades con la servidumbre para atender a todos los viajeros un sitios diferentes. En realidad, Dyke sólo pretendía dar a los detenidos un poco de libertad para observar su comportamiento en aquella "libertad" concedida a ello y mediante otro hombre de su confianza, ya que él mismo no aparecía por el coche-comedor en todo el tiempo.

Como atropellándose Hawley y Miss Smaganoff, quisieron ganar la salida hacia el sitio donde se les indicaba, mientras que el profesor Pundit, que parecía meditar pro-



— Usted está arrestado y no puede salir — dijo el sargento a Hawley.

fundamente, hubo de ser avisado nuevamente hasta decidirse a alzarse, siguiendo al sargento sin pronunciar palabra y con aire de suma distinción.

Hawley y Miss Smaganoff ganaron una mesa aún libre, cuando su llegada fué observada por Xavier, que, yéndose hacia el primero, le saludó efusivo:

— ¡Hombre, Hawley, qué dicha verle

aquí! ¿Puedo sentarme a comer con ustedes y me permiten ofrecerles una botella de marca para gustarla juntos?

— ¡Xavier! ¿Por qué no acudió usted a la cita de Burgess el martes? ¡Me temo que juega usted con dobles cartas y que su honorabilidad deje mucho que desear! — le dijo malhumorado Hawley.

— ¡Un olvido a cualquiera le ocurre! — replicó al chantagista sorprendido —. Y luego de súbito:

— ¡Y el asunto de los rubíes?... Precisamente... — y mirando en torno a sí interrumpió la frase llamando al camarero.

Martini, el personaje de Xavier, acechaba los movimientos de Hawley, tomando asiento previamente a espaldas del mismo en la mesa correspondiente. Hawley había sacado diversas veces su bolsa de tabaco o pitillera para llenar su pipa y dichos movimientos habían sido seguidos con fruición por Xavier cada vez que lo hiciera.

— Estamos llegando a Manikpur — dijo Xavier de repente —; voy a buscar la prensa en esta estación. Siento que esté usted tan indisposto conmigo, Hawley... — y terminando de hablar, mientras parecía frenar el correo de Bombay, con cierta expresión diabólica en la cara, el chantagista se levantó de la mesa buscando la salida.

Hawley hizo un breve comentario a la ac-

titud de aquel hombre para disculparse ante Miss Smaganoff, y no bien había hecho un movimiento para guardar su pipa en el bolsillo, cuando visiblemente contrariado y nervioso se levantó para seguir a Xavier. Pero el sargento, que estaba en la parte afuera de la puerta del mismo coche, lo contuvo diciéndole:

—¡Usted está arrestado y no puede salir!

—¡Me acaban de robar, permítame, sargento!... Me han robado mi pitillera ...y algo más importante...

—Sus joyas y objetos los tiene Dyke, no querrá usted fingir niñadas! — le replicó el sargento reteniéndole.

—Pero Dyke he permitió fumar y conservé la pitillera, en la que precisamente tenía...!

—Mr. Hawley, yo creo saber quién se ha apoderado de su pitillera — interrumpió Miss Smaganoff, que se llegó hacia el sitio donde discutían ambos—. Detrás de usted se hallaba sentado un personaje raro, al que vi salir en dirección al coche de primera momentos antes de Mr. Xavier.

Pero veamos, antes de aclarar el asunto del robo de los rubíes que Hawley llevaba en su pitillera, qué hacían el secretario, la servidumbre, la esposa de S. E. muerto, y sobre todo el Majaracha de Zundjore, al que parecía haber olvidado Mr. Dyke. El propio

Majaracha, del que Dyke en realidad no se olvidó, se había mostrado indisposto cuando el detective quiso celebrar la inmediata entrevista con él. Pero ahora Dyke precisaba no demorar más aquella intervención y se llegó después de anunciarse debidamente a su coche especial:

—¡Deseaba saber algunas cosas de S. E. — comenzó Dyke.

—La muerte de S. E. me ha impresionado tanto que no pude recibirla antes, aparte de que no querría servir de publicidad al esclarecimiento del horrible crimen — le devolvió cortés el Príncipe.

—Sin embargo preciso hacerle algunas preguntas, ya que he averiguado que precisamente S. E. ha hecho una importante observación por la proximidad de su coche al del Gobernador.

—Aquí mismo en Manikpur, donde acabamos de llegar, me espera el Majaracha de Rewah y conforme al protocolo he de desender a aceptar sus saludos — dijo el Príncipe indio a Dyke.

—Nos hallamos en territorios de la soberanía de Bretaña, Alteza, y debo retenerle con hondo sentimiento para esclarecer el crimen que se ha perpetrado bajo mi jurisdicción — díjole Dyke.

—Pero... le doy mi palabra de honor de que en cinco minutos regresaré al departa-

mento éste..., pues ¿qué diría el Majaracha de Rewah?... — replicó el de Zundjore suavemente contrariado.

— ¡Confío en su palabra, Alteza! — terminó Dyke, abriéndole paso.

En el momento en que ambos Majarachas se saludaban en el escoltado andén y en que los cañonazos de salutación retumbaban, Worthing entregaba a Dyke una carta lacrada acabada de recibir en la estación. Leamos con el detective el contenido de la misma:

— ¿Sabe el Inspector Dyke los motivos del viaje de Madam Smaganoff en el correo de Bombay y que las autoridades de Calcuta vigilan a esta dama por relaciones sospechosas con el capitán Worthing también en el acompañamiento del Gobernador S. E. esta noche asesinado? — R. XAVIER.”

Al retumbrar la salva once del cañón de saludos, el Majaracha de Zundjore cayó como mortalmente herido. Una mano asesina, sin duda, porque el Príncipe era el único que podía delatar el crimen; acaba de aprovechar el estampido del cañón para asesinar al de Zundjore alevosamente. El Dr., avisado por Dyke, certificó inmediatamente la muerte del Príncipe por tiro en el corazón, que había entrado por las espaldas y no tenía orificio de salida.



El médico reconoció al Majaracha de Zundjor, que se desplomó al sonar la salva de los cañones.

Todos, desde sus respectivas ventanillas miraban asombrados los acontecimientos, mientras que los soldados de la guardia del Príncipe y los del Majaracha de Rewah se movían en verdadera fiebre de un lado para otro. Finalmente Dyke ordenó siguiera el Correo de Bombay su marcha llevándose consigo el cuerpo del asesinado y comenzando nuevas investigaciones.

Personalmente Dyke, prevenido contra todos, incluso contra la esposa del Gobernador Lady Daniels, miraba y rebuscaba los más absurdos rincones del correo. Y he aquí que finalmente encuentra en un rincón de una perchera escondida una pistola que, reconocida, resulta haber sido disparada no hacía mucho tiempo. ¡Era la pistola del capitán Worthing!

—¡Capitán Worthing! ¿Es ésta su pistola de reglamento? —le requirió Dyke llamándole aparte.

—En efecto... pero acababa de ponerla en mi maletín para descansar unas horas —le replicó el capitán sin comprender perfectamente.

—¡Con esta pistola se acaba de matar al Majaracha de Zunjore! ¿Sabe usted, capitán Worthing que Miss Jones (a) Smaganoff viaja con nosotros? —volvió a recalcar Dyke. Y acto seguido y llamando a Smaganoff añadió sacando del bolsillo un comunicado de Calcutta —: ¿Me permiten ustedes que sin previa presentación, puesto que ya se conocen, les lea lo siguiente?: "Al Inspector Dyke, Correo de Bombay, Estación Manikpur: El Paso núm. 56.836 de segunda clase a favor de Miss Beatrice Jones ha sido solicitado por el capitán Worthing del séquito de S. E. el Gobernador de Bengala. Ferrocarril Calcuta. E. I. R."

Acto seguido, Dyke abandonaba a Worthing y a Miss Jones solos y se dirigía a tomar nueva declaración a Hawley y a Pundit. Pero Hawley discutía de nuevo con el sargento sobre el robo de que había sido objeto y al que concedía suma importancia en el departamento próximo a Pundit.

—¡Profesor Pundit! —demandó Dyke al indio que parecía sumido en profunda meditación —. ¿Acaso ha visto si Hawley se asomó a la ventanilla del correo durante la parada en Manikpur...?

—No he visto a nadie ni he observado nada —replicó el anciano sabio sin alzar la vista.

Sin desesperar un momento, Dyke se fué al doctor especialista cuya valija había logrado esconder:

—¿Hará el favor de abrir su maletín, doctor? —le dijo irónico Dyke.

—...Inspector, por Dios, yo soy especialista en venenos y contravenenos. Voy a Bombay de paso para París, pues pertenezco al Instituto Pasteur... y llevo encerrada una cobra real para mis experimentos... ¡No quise que nadie lo supiera!

—No puedo consentir que se lleve una cobra en interés de los viajeros en el mismo departamento... un ligero descuido y se sumarán a las desgracias pasadas otras nuevas! —rugió esta vez Dyke.

Poco después el chantagista de Xavier lo graba permiso del sargento para hablarle a Hawley:

— ¡Sigue usted predisposto contra mí! — le dijo.

— ¡Desearía saber quién es ése que le acompaña, un tal Martini! — le respondió Hawley.

— Y no sospecha usted del maletín del doctor? — inquirió Xavier, quien al parecer quería convencerse por sus propios ojos de si allí no habría algo que sustraer con su manejo maravilloso en el arte de Caco. Hawley llegó a dudar en efecto que allí hubiese el peligro expuesto por Dyke y con Xavier forcejeó la balija hasta abrirla, pensando en recuperar sus rubíes. Pero el macabro resultado no se hizo esperar. La cobra, apenas abierta una rendija del cofre, sacó rápida la cabeza y mordió en la misma cara a Xavier que cayó desvanecido. El profesor Pundit, ni siquiera se interesó al parecer. Hawley en cambio, logró cerrar el cofre con la rapidez del rayo, comenzando a dar gritos de socorro. Cuando Dyke reapareció.

— ¿Qué quería Mr. Xavier aquí, señor Hawley...? ¡Hola...! También metiéndose con el cofre del doctor a pesar de las preventivas y órdenes dadas... — dijo Dyke entre airado e irónico.

— ¡Una cobra le ha mordido en la cara!

¡Présteme auxilio en seguida! ¡Inspector, voy a contarle la verdad! — decía Hawley agarrando el brazo de Dyke.

— ¡Supongo que ya era hora! — repuso el detective.

— Mr. Xavier, del que yo recelaba me dijo que procedía convencerse de si mi pitillería con seis rubíes robados en ella no estaría en el misterioso cofre... y le ayudé a abrirlo... una cobra real saltó rápida...

— ¿De qué seis rubíes me habla usted ahora?... ¿usted no ha entregado sus valores? ¡Hola, hola!... ¿Por qué los ocultó usted? ¿Esos eran sus deseos de fumar?... Y dígame ahora, fijándose mucho en no mentir ni una sola sílaba porque en ello le va mucho Mr. Hawley. ¿Por qué quería usted anoche hablar con S. E.?

— ¡Quise, pero sin lograrlo, porque fué Worthing quien se interpuso...! ¡Jamás he hablado con Sir Anthony! — replicó ofuscado y desesperado Hawley.

— Pero ¿qué le llevaba a hablar con S. E.? Es lo que quiero que me diga... — le interrumpió, lleno de ira, Dyke, ahora.

— He descubierto una mina de rubíes en una posesión de Calcuta... tengo una de tales minas en Brumalig y me dan el tercio de la explotación... quería atraer a Sir Anthony porque sabía que se interesaría por participar en la ocupación de dicha mina, y

seguro que dada su influencia me lograría al menos otro tercio de la explotación...

—¡Mr. Hawley, si esa novela no es cierta, tanto peor para usted! —le dijo Dyke separándose de él. Y marchándose, añadió: “Este Mr. Xavier...”

El doctor le puso a Xavier dos inyecciones que le hicieron reanimar del terrible veneno de la cobra, en tanto que Dyke volvía a interrogar al secretario de S. E.:

—¡Usted recibió de Mr. Xavier 20.000 Rupias, en cheque extendido por este mismo! ¿No es cierto...? ¿Se puede saber de qué procedían...?

—Mr. Xaxier se empeñó en adquirir el caballo Lluck Cymkahna que yo montaba en las carreras imperiales de Calcutta... y después de desaparecer el hermoso bicho...

En la cámara del Príncipe fué hallada una nota en caracteres indios. Uno de los servidores la entregó a Dyke en estos momentos, yéndose el detective a preguntar a Pundit le tradujese aquello:

—¡Khamoshi ya maut! —leyó Pundit.
—¡Traduzca, se lo ruego! —le requirió Dyke.

—¡Silencio o la muerte! Eso quiere decir —entonó, grave, Pundit—. Y esto está escrito por un indú y no por un bracmahán —añadió—.

—¿Cómo se explica su silencio ante Mr.



— El mismo que asesinó al Príncipe con la pistola de Worthing, mató a S. E. —declaró Dyke.

Xavier, Miss Smaganoff, cuando estuvo conmigo en la mesa del restaurant ante usted misma? —preguntó Hawley.

—¡Tengo graves rencores de él! —replicó la joven—. Además deseo que me llame usted Miss Jones, mi verdadero nombre... Yo residía en París. Una compañía me contrató ventajosamente para San Francisco, haciendo primeramente una tournée a Asia

Menor. Nuestra embarcación naufragó en la costa pacífica, y el buque que nos salvó, con rumbo a Calcuta llevaba a bordo a Mr. Xavier, quien se me dió a conocer como rico comerciante y empresario en la India. Me aseguró que yo poseías las mejores dotes para triunfar en Calcuta en sus teatros y una vez en la capital india me introdujo en la sociedad británica procurándose ciertas ventajas conmigo. Viéndome presa de él y no sabiendo cómo regresar a Europa o América, me trasladé, falsificando previamente mi nombre de Miss Smaganoff a Karayya-Roa donde está prohibida la estancia a los europeos, bajo pena de deportación.

—¿Por qué no le ha contado usted todo eso al Inspector Dyke? —la reconvino Hawley, convencido de la importancia que ciertas declaraciones pudieran tener para aquél.

—¡No quería comprometer la carrera del capitán Worthing, mi personal amigo! —le repuso Miss Jones, como ella deseaba ser llamada.

Mr. Dyke acababa de entrevistarse de nuevo con Lady Daniels: —Lady Daniels, tengo el honor de devolverle el pasaporte suyo y pedirle mil excusas por haberla tenido hasta ahora en sospecha... de ello sólo hay que culpar al cianuro. Pero tengo la convicción absoluta de que el crimen lo ha per-

petrado un hombre y además que lo ha perpetrado dentro del lavabo mismo.

—¿Está seguro, Inspector? —le dijo Luke sobresaltado.

—¡Segurísimo! ¡Atención a usted mismo! —seguía Dyke—. El bandido ha sido sorprendido por el profesor Pundit del que no logramos sacar nada, si bien ya lo tengo todo esclarecido. Con la ayuda de Pundit se ha mandado al propio Majaracha una amenaza de que calle, pues tuvo que ver por fuerza al criminal huído de uno a otro coche. Pundit fué forzado. En cuanto a Hawley y a Pundit han quedado ahora mismo en libertad y han recibido sus pasaportes. Mr. Xavier está familiarizado con el asunto, pero no me importa...

...La misma persona que mató a S. F. asesinó en la estación al Majaracha con el revólver del capitán Worthing. Su Excelencia — prosiguió Dyke —, descubrió la noche del crimen, y poco antes de morir alevosamente, una correspondencia harto comprometedora de Luke, muy conocido de Worthing, que pudo observar la requisita de Sir Anthony a espaldas del mismo y de paso para el próximo départamento...

—Inspector, tiene usted una imaginación admirable! —dijo en este momento Luke.

—¿Conoce usted esto? —le replicó Dyke, sacando del bolsillo un papelito de cianuro,

E. 19-2-6 / 8

extraído de la botella de Lady Daniels y hallado en el bolsillo de aquél, vacío, y sólo con restos del contenido —. Esto confirma mi aserto — siguió el Inspector — de que Luke aprovecho su puesto cerca de S. E., para semejante manejo... En vez de suicidarse Luke por su "affair" de Calcuta detallado en la correspondencia descubierta por su Excelencia y en la que se ha comprometido seriamente a Worthing por espionaje, recurrió a hacer callar para siempre al que le descubrió sin quererlo...

...En cuanto a los rubíes de Mr. Hawley, los ha robado Martini, el agente de Mr. Xavier, y aquí están — terminó sacándolos para Hawley.

—¡¡¡Inspector!!! No solamente Luke, sino que además yo resulto encartado en el doble asesinato de S. E. y el Príncipe... — dijo horrorizado Worthing una vez que todos se hallaban presentes.

—Dentro de media hora llegamos a Bombay, señores. Lo que prometí lo he podido realizar con la ayuda de todos ustedes. Quedan arrestados Mr. Xavier y Martini, su agente, usted, capitán Wothing, por espionaje y usted, Luke, como autor del doble asesinato del correo de Bombay.

Un silencio profundo reinó en el Departamento, mientras el trágico correo entraba en agujas de Bombay.

FIN



EL GRAN
ÉXITO
DEL AÑO

LOS 4 ALMANAQUES 1935 QUE TODOS LOS NIÑOS LEERÁN

MICKEY MOUSE

(Films exclusivos de
Artistas Asociados)

El célebre ratoncito universalmente conocido, tan querido por los grandes y los chicos. Simbólica creación de WALT DISNEY.

LOS TRES CREDITOS

(Films exclusivos d'
Artistas Asociados)

El mayor alarde artístico de la gracia y del ingenio humano, estilizado por el más genial de los caricaturistas WALT DISNEY.

BIMBO

(Films exclusivos de
Paramount Films)

el travieso, el audaz, cuyos rasgos característicos, causan la mayor alegría a todos sus admiradores. Creación del gran MAX FLEISCHER.

BETTY BOOP

(Films excusivos de
Paramount Films)

la muñequita ideal, todo candor y finura, la lilliputiense artista predilecta de las niñas y creada por el celeberrimo MAX FLEISCHER.

Precio popular de cada Almanaque: 30 cts.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona